

los seres creados animan, esmaltan, alimentan. El desamor á la naturaleza fué propio de los duros tiempos de la Edad Media, cuando la sociedad tenia por sus dos polos el castillo y el convento. El monge daba un adiós eterno al amor, á la familia, y no comprendia este grande hogar del Universo-Mundo, como decian nuestros antiguos, donde todo está regulado por las atracciones del amor y ordenado todo en series interminables de familias: que no otra casa son los desposorios de las plantas, de las aves, el instinto general de la reproduccion, y hasta las varias maneras de reunirse que las moléculas tienen, por misteriosos procedimientos, en el seno de los minerales. La mitad, pues, de aquel mundo no sentia la naturaleza. A su vez, el guerrero, el señor feudal, que representaba otro de los lados de la vida en la Edad Media, no era para la naturaleza sino un verdugo, como no era para la sociedad sino un tirano. Aislado en las cimas de los riscos, bajaba sólo para hacer la guerra contra los pueblos, ó la caza contra los animales. Lleno de ódio, centelleando la cólera de sus ojos, armado siempre de pesadas armas, caballero en su troton de guerra, teniendo por timbre el cuchillo ó la espada, sabia que su vida infernal estaba consagrada á la matanza. Y antes de destruir pueblos, talaba campos; antes de incendiar ciudades, incendiaba bosques; antes de matar hombres, cazaba aves. Semejante al antiguo génio persa de la destruccion, el sepulcro era su mundo, el cadáver su obra, la muerte su esposa, la sangre su bebida, el ódio su religion y su númen. Imposible que una sociedad de este género llegase á comprender todos los encantos que hay en los susurros de un arroyuelo ó en los lejos de un horizonte. Imposible que una sociedad así llegase á comprender el éxtasis que hoy siente un amator de la naturaleza ante los más sencillos espectáculos, la nube que el viento se lleva; las alas del ave que se rozan en las espumas del mar; la cima de la montaña que hiende el

cielo; el torrente que baja impetuoso al hondo valle, donde olvidamos nuestras penas, á la sombra de un árbol, sobre la yerba sembrada de campanillas, oyendo el zumbido de las abejas, el mugido del buey en el establo, el balido del corderillo que trisca, mientras los ojos se sumergen con amor en la contemplacion de los giros de alguna mariposa ó en las ondulaciones de las espigas, y el pensamiento se abisma en la vida universal. Cuéntase que en los tiempos últimos de la Edad Media, en una mañana de Mayo, salian de paseo dos hombres que asistian al concilio de Constanza. La aurora teñia las montañas, el rocío temblaba en las hojas de los árboles, al doble beso del aire y de la luz. Un rosal abria sus encendidas flores, y un ruiseñor lanzaba sus religiosos himnos sobre el nido de sus amores. Uno de los dos pensadores se quedó arrobado en la contemplacion de este espectáculo. Pero el otro le dijo: «Anda, anda, que todas esas bellezas son tentaciones del diablo.» Hasta donde puede arrastrar un falso misticismo, hasta ver el mal y las tinieblas en los milagros de la luz, en las fiestas de las flores, en los gorgeos de las aves, en las manifestaciones más bellas de la vida, en el seno mismo de Dios.

Este desamor de la naturaleza que tenían los hombres de la Edad Media, se convirtió más tarde en fria indiferencia. Yo no he visto nada que cause un vértigo tan grande, y que lleve al espíritu un olvido tan profundo de todo, como la caída del Rhin, cuando poco despues de salir del lago de Constanza, se despeña de una inmensa altura toda bordada por verdes viñas, abriéndose en dos blancas espirales de espumas, entre las cuales se levanta un peñasco casi negro, que esmalta el iris producido por las chispas y las nubes de vapor lanzadas á los aires del seno de aquellos torrentes, las cuales, al desgajarse rápidas sobre los abismos, retumban de valle en valle, y de monte en monte, como eterno trueno de una tempestad infinita. ¡Qué con-

traste entre la plácida campiña y la guerra de las aguas; entre la estruendosa espumósísima catarata y el rio sereno que á los pocos momentos se encierra en su lecho de verdura sonriendo á los cielos en su azul y trasparente superficie. Pues bien; un hombre del génio excepcional de Montaigne, pasa junto á esta gran catarata sin conmoverse apenas, sin que su palabra lance ninguna de esas centellas de entusiasmo que ha despedido el génio de Heredia al contacto de las espumas del Niágara. Se necesita leer el relato mismo de Montaigne para comprender toda su indiferencia: «Abajo de Schaffhouse, el Rhin encuentra un fondo lleno de gruesas rocas donde se rompe, y más abajo aún, entre estas mismas rocas, una cortadura de casi dos picas de alta, donde dá un gran salto, que hace mucha espuma y mucho estruendo. *Esto detiene el curso de los barcos, é interrumpe la navegacion en dicho rio.*» El amor hacía la naturaleza ha tomado desde el siglo décimo-octavo una intensidad infinita. Juan Jacobo Rousseau y Bernardino de Saint-Pierre, han resucitado á Virgilio. Las ciudades se han creado el campo hasta dentro de sus muros. En Francia, especialmente, ningun ciudadano se cree feliz, si no tiene una casita donde reposar el domingo á la sombra de los árboles. Yo de mí sé decir, que desde niño he tenido un culto extremo por la naturaleza. En mi infancia, cada árbol del huerto de mi casa, era para mí un amigo. Yo no me sabia ir sin despedirme, ni volver sin saludarlos. Cuando se vestian de flores, me alegraba tan locamente, como cuando me vestian á mí un traje nuevo. Cuando se le caian las hojas, cada una de ellas me heria el corazon, como si fuera una lágrima. No he vuelto á gustar bocádo más sabroso que sus almendras, sus melocotones, sus albaricoques, sus crugientes racimos de uvas. En ningun cuadro he visto despues el bruñido y el relieve que á las peladas montañas del Mediodía dan la transparencia del aire y la reverberacion de la luz, que las convier-

ten en montañas de ópalo y zafiro. En ninguna parte he visto nada tan encantador como los bosques de enanas adelfas llenas de flores carmesíes, que crecen gallardas entre las piedras de nuestros secos torrentes. Nunca puedo olvidar los dorados haces de trigo amontonados en nuestras eras, las abejas del colmenar, los gusanos de seda que hilaban las finas hebras en el desvan, las uvas que rodaban sobre las tablas del lagar, las horas de las siestas en que bajo el tórrido calor del sol, todo callaba ménos la cigarra, las noches de la primavera y del estío con las músicas de los ruiseñores ó de los grillos, ó el despuntar de la mañana en los celestes horizontes del Mediterráneo. Y cuando muchas veces, evoco mis recuerdos más sagrados, y veo al pié de las alamedas de granados, la imágen adorada de mi madre, santa mujer, que entre sus virtudes tenia el amor á los campos, como la caridad por todos los infortunios, me parece que en esas líneas interminables del valle, quedan más que en mi corazon desolado las sombras de todo cuanto he querido y he respetado sobre la faz de la tierra.

Mas para escribir del jardin de la Exposicion ¿se necesitan todas estas reflexiones? Para hablar de sus estufas, de sus flores, ¿se necesita mojar la pluma en las lágrimas de tristísimos recuerdos? Voy pareciéndome al mal poeta que comenzó la relacion de la guerra de Troya por el huevo de donde salió Leda. Y despues de tanto disertar, se me ha olvidado recordar estas cuatro líneas que habia al frente de una comedia de Moliere: «El teatro representa un sitio campestre, y sin embargo, agradable.» ¿Y sabeis á qué atribuyo esta especie de repugnancia invencible á entrar en materia? Á lo rebelde que es nuestra frágil naturaleza. El cumplimiento de todos sus deberes le disgusta. Me he impuesto hoy como un deber, escribir sobre el Jardin de la Exposicion, y de todo se me ocurre hablar ménos del jardin. Vamos á él. Despues del ruido de tantas máquinas, de la vista de

tantos artefactos de la industria, como nada se puede comparar al efecto que en nosotros producen los contrastes, agrádame reposar en el jardín, donde los prados extienden su aterciopelada verdura y las flores levantan sus matizados cálices, y las cascadas se desprenden de los riscos, y las plantas parientarias se agarran á las piedras, y las palmeras se cimbrean en los aires, y los peces nadan silenciosos en el fondo de las aguas, y las aves ostentan sus plumajes á la luz, y un aroma incitante se eleva de los montones de rosas y de los blancos cogollos, digámoslo así, de las olorosas magnolias. Para comprender cuán maravilloso es el jardín, se necesita haberlo visto como yo lo he visto, antes de la apertura de la Exposición. Ya no me extraña que el sueño de Fourier se cumpla. El gran fundador del Falansterio, quería que el agua del mar se convirtiese en limonada, y el desierto de Sahara en el jardín del Globo. Si en pequeño ha podido una ciudad hacer del árido Campo de Marte un jardín como este, en grande pueden hacer todos los pueblos su jardín hermosísimo del desierto de Sahara. Una inmensidad de árido pedrusco, la Arabia petrea en París, en este París, cuyos alrededores son tan bellos, eso era poco antes de abrirse la Exposición, la parte reservada al jardín. Y ahora hay estufas, pabellones, montañas, bosques, laberintos, puentes, cascadas, estatuas, surtidores, peces de mar y peces de agua dulce, moviéndose á la vista de todo el mundo; y desde el pino que mantiene en sus verdi-negras ramas la nieve de los Alpes, hasta la caña de azúcar madurada por el sol ardiente de los trópicos.

La jardinería es un grande arte en Francia. Bien es verdad, que Hegel, ese génio sintético, abrazaba en su estética desde las concepciones del pintor hasta las líneas que traza el jardinero. Mas el arte de la jardinería ha cambiado mucho desde el siglo décimo-séptimo en que lo llevó Le Notre, bajo la mano de Luis XIV, á tan extraordinario esplendor. En-

tonces se quería ver, especialmente por los poderosos del mundo que hacían los grandes jardines, la naturaleza sometida al hombre, ó mejor dicho, la naturaleza sometida al Rey. Así es que el despotismo llegaba á recortar, alinear, oprimir la creación. La fórmula: «El Estado soy yo», se imprimía en los troncos del bosque. Un jardín era un salón. Las plantas y las flores no podían faltar á la etiqueta, los árboles debían vestir uniforme. El jardinero los arreglaba de una manera bastante análoga á la que el peluquero usaba para arreglar la enorme peluca del Rey. Grandes terrazas, alamedas interminables, árboles recortados caprichosa, pero uniformemente, estatuas que parecían centinelas, cisnes que parecían cortesanos, fuentes alineadas que parecían escuadrones de mosqueteros, la regularidad artificial, nunca la vida. Ahora, el arte de jardinería francesa prefiere la línea curva, la línea de la sorpresa, la línea del misterio. Los canales no son rectos, sino tortuosos. Sus bordes no son de mármol, sino de verdura. Los árboles no están alineados, sino caprichosamente exparcidos, cual si nacieran á su arbitrio. La cascada no sale de tritones fabulosos, de dioses mitológicos, sino de riscos donde se mecen las plantas selváticas. Se quiere mucho la decoración, se busca mucho el efecto, se procura que parezca el jardín un tanto teatral; pero no se fuerza á la naturaleza á imitar al hombre, sino al hombre á imitar la naturaleza. La igualdad natural reina, sino la libertad, donde antes reinaba el despotismo cortesano. Pero yo, que amo con tanto delirio la naturaleza, no amo los parques ociosos, los jardines inmensos que nada producen. Me gustan ver los campos de trigo y los bosques de olivos y las ópimas viñas y el surco abierto por el arado, y la yunta, y el establo, y el corral de ganado, y la cabaña humeante, y la vida que sale á borbotones del seno de la naturaleza, que fecundada por el trabajo, mantiene en la abundancia y en la alegría á los buenos labrado-

res. Pero esos bosques inmensos, de leguas y leguas, que rodean un grande palacio á veces inhabitado la mitad del año, y que por todo labrador tienen algunos guardias con uniforme, parécenme bosques-eunucos, tristes como la ociosidad, raquíticos como el vicio, embusteros como las esperanzas cortesanas, que diría el elegante Rioja. En el campo es el trabajo como la salud, como la robustez, como la limpieza en el cuerpo. Y hay más poesía en un lagar que en una estufa. Las geórgicas de los jardineros podrá escribirlas un artificioso Delille; pero las geórgicas de los campesinos, de los seri-cultores, de los labriegos, de los pastores sólo podrá escribirlas ese divino hijo de los pastores que se llama Virgilio.

Desde luego la horticultura y la floricultura son grandes industrias. En Europa, y sobre todo en Inglaterra, han llegado á un extraordinario poder. Allí, donde el sol no exparce su azúcar en las frutas, su aroma en las flores, el arte sustituye la vida y el calor con los medios propios del trabajo. La Prusia tiene grande habilidad también para la jardinería, según demuestra el espacioso parque, reservado á manifestar el esplendor de sus flores y los recortes de sus praderas. Para el adorno de los jardines ofrece Italia porcelanas, columnas de barro cocido, estatuillas, jarrones, todo de formas admirables y de brillantísimos colores. También el Austria, tiene en medio del parque, trofeos de todos estos preciosos objetos, adornos de fuentes y estatuas de jardín. Los belgas han brillado de una manera casi excepcional en el cultivo de las flores. No puede darse un espectáculo más bello que el de aquellas campanillas de todas formas y de todos colores,

tachonadas de puntitos de variadísimos matices, y con los cuales encantan y alegran la vista. Bajo unos quitasoles de varios colores, hay tantas dalias, tantas camelias, tantas capuchinas, tantas violetas, tantas margaritas, que parecen materialmente mullidos lechos de flores. Los más grandes árboles han sido trasportados aquí, cual si no tuvieran raíces, cual si fuesen objetos de salón. Hay de esta suerte, sobre estos antiguos desiertos, plantados en un día, castaños de proporciones colosales, magnolias que derraman su olor en los aires, pinos alpestres que resisten con noble porfía la feroz guerra del tiempo. En punto á estufas, hay muchas y de muy varias dimensiones. La principal ha sido construida por Mr. Dormois. Un pequeño lago se extiende al pié de una quebrada montañita. Las plantas alpestres bordan su pié y de su cima se precipita una bullidora cascada. Este es el pedestal de la grande estufa. Precédela un salón de honor construido con maderas doradas, sobre las cuales descansan grandes tapices de terciopelo verde y carmesí recamado de riquísimos flecos. En el suelo bordan las flores, en iris vegetales, caprichosos dibujos. En el centro, una fuente de bronce, cuya arquitectura es deliciosísima, y cuyas estatuas son de verdadero mérito, lanza á los aires en varios surtidores sus sonantes aguas. En el interior milagros de vegetación verdaderamente increíbles. La naturaleza se hermosea cada día más á los conjuros del arte y á los esfuerzos del trabajo. Su seno se abre como para abrigar próspera á todas las generaciones, que la buscan. ¡Bendito sea Dios! ¡Bendita sea la naturaleza! ¡Bendita la libertad y bendito el trabajo!